



Lección magistral:

Una vida en el conocimiento. Dejar que el conocimiento nazca en cada quien[§]

Master Class:

A Life of Knowledge. Letting Knowledge Be Born Within Each Person

Carlos Eduardo Maldonado^{**}

Universidad El Bosque – Colombia

<https://orcid.org/0000-0002-9262-8879>

DOI: <https://doi.org/10.33975/disuq.vol15n1.1505>

Φ

Resumen

Existen dos tentaciones, cuando hablamos de conocimiento; de un lado, el platonismo que quiere hacer creer que el conocimiento se encuentra “de ese lado del mundo”, en la dimensión de la objetividad; en cualquier acepción de la palabra. Los seres humanos deberían poder acceder consecuentemente a dicha dimensión. Y de otra parte, se trata de la tentación subjetivista –en cualquier contexto y con cualquier acento que se prefiera–, según la cual, el conocimiento sería una prerrogativa, acaso un atributo o propiedad de los seres humanos. Contra ambas tendencias, el conocimiento es una relación que supera las escisiones entre sujeto y objeto. Existencialmente, esta relación es una forma o estilo de vida. Nadie piensa con la cabeza –o la mente o la conciencia

[§] En esta Lección magistral se publican, con algunas modificaciones del autor, las palabras del profesor Carlos Eduardo Maldonado con motivo del otorgamiento del *doctorado honoris causa* por parte de la Escuela Militar de Ingenieros, Cochabamba, Bolivia, el 10 de octubre del 2025. Maldonado se ha destacado por su trabajo de varias décadas en torno a las ciencias de la complejidad. Es un referente nacional e internacional en estas áreas.

^{**} **Contacto:** maldonadocarlos@unbosque.edu.co

o la razón, según se prefiera—. Pensamos con la totalidad del organismo. Pues bien, en el horizonte del pensar emerge la sabiduría.

Abstract

There are two temptations when we speak of knowledge. On the one hand, there is Platonism, which would have us believe that knowledge is found "on that side of the world," in the dimension of objectivity, in whatever sense of the word. Human beings should consequently be able to access this dimension. On the other hand, there is the subjectivist temptation—in any context and with whatever emphasis one prefers—according to which knowledge would be a prerogative, perhaps an attribute or property of human beings. Against both tendencies, knowledge is a relationship that transcends the divisions between subject and object. Existentially, this relationship is a way of life. No one thinks with their head—or mind, consciousness, or reason, as one prefers. We think with the whole of our being. And so, on the horizon of thought, wisdom emerges.

Cómo citar esta lección: Maldonado, C. E. (2026). Una vida en el conocimiento: Dejar que el conocimiento nazca en cada quien. *Revista Disertaciones*, 15(1), 115–122. <https://doi.org/10.33975/disuq.vol15n1.1505>



Material publicado de acuerdo con los términos de la licencia [Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International \(CC BY-NC-ND 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/). Usted es libre de copiar o redistribuir el material en cualquier medio o formato, siempre y cuando dé los créditos apropiadamente, no lo haga con fines comerciales y no realice obras derivadas.

He venido trabajando, desde hace un tiempo, en el estudio y comprensión de los fenómenos, sistemas y comportamientos de complejidad creciente. La razón elemental por la que existen estas dinámicas es que son abiertas. No existen ni son posibles sistemas cerrados. Sólo hay sistemas abiertos. Ahora bien, la condición para ver sistemas abiertos consiste en tener una estructura de mente abierta. Pues bien, la inmensa mayoría de las ciencias y disciplinas, la inmensa mayoría de la gente ni sabe de, ni ve, sistemas abiertos.

Tener una estructura de mente abierta es algo que se dice fácilmente, pero es sumamente difícil de llevar a cabo. De consuno, la historia de la ciencia, la cultura y la filosofía tradicionales no tienen en absoluto una buena idea acerca de lo que sea el conocimiento. Generalmente, se ha llenado este vacío con palabras; que ha sido la estrategia general de las cosas en la civilización occidental. Así, llaman al conocimiento como inteligencia o conciencia, y lo sitúan de este lado del mundo o del universo. Así, todo queda reducido a cositas como la epistemología, la teoría del conocimiento, la historia y la filosofía de la ciencia, incluso las neurociencias, y varias otras más.

Uno de los problemas más difíciles y obliterados en la historia es el del origen del conocimiento. La mayoría de las explicaciones acerca del mismo son esencialmente funcionalistas. Así, la necesidad o el trabajo estarían en la base de las ideas, la creatividad y la inventiva. O llenamos el tema con palabras y se dice entonces que es el resultado de la inteligencia, el estudio, las oportunidades y acaso una chispa de locura (siempre necesaria, por lo demás). Recabemos: la mayoría de las explicaciones han sido instrumentales, a saber: educación, formación, cultura, estudio, incluso dedicación y disciplina. Unas pocas explicaciones han sido más creativas: el conocimiento se origina en la *melanchonia* o es el resultado de imágenes y palabras que nos llegan. La Grecia antigua se acercó bastante al tema. Las tres Gracias, Aglaya, la belleza, Eufrosine, la alegría o el júbilo, y Talía, el amor, la juventud y la abundancia, hacían posible que los seres humanos conocieran o supieran. El significado inmediato de lo anterior estriba en el reconocimiento explícito de que el conocimiento es bastante más y muy diferente a

simplemente una experiencia intelectual o racional. Se trata, ante todo, de una experiencia estética. El buen conocimiento estremece a la existencia entera. Y en las ocasiones propicias no nos permite entender las cosas; mucho mejor, nos transforma.

Como se aprecia sin dificultad, se trata de una señalización que indica al origen del conocimiento como una actitud estética, antes que puramente cognitiva, racional o intelectual.

La verdad es que nadie piensa con la cabeza; pero no pensamos tampoco sin la cabeza. Pensar, como conocer, es un acto que compromete a la totalidad del organismo. Contra el platonismo, el conocimiento -el mundo de las ideas- no es objetivo; esto es, independiente de los seres humanos. Contra toda la tradición de la ciencia, la filosofía y la cultura occidentales, el conocimiento tampoco es subjetivo, como si se encontrara de este lado del mundo y al mundo le sucediera simplemente ser iluminado por los logros del espíritu humano.

El conocimiento es relacional. Pero contra esta idea aparentemente trivial, se trata de precisar el modo como el conocimiento acaece en el universo.

Conocer no es un acto humano, simplemente. Todos los sistemas vivos, por decir lo menos, están totalmente imbuidos de conocimiento: hacen modelamientos del mundo, transforman el entorno, resuelven problemas, se adaptan, crean incesantemente entornos nuevos, y otros rasgos próximos y semejantes. Más radicalmente, también las partículas subatómicas conocen y deciden acerca del entorno, algo que está suficientemente establecido tanto por la mecánica cuántica como por la mecánica ondulatoria, por ejemplo.

El universo está permeado enteramente por el conocimiento. Pues bien, las personas tienen ideas, ocurrencias, pensamientos, digamos, en fin, creatividad o genialidad incluso cuando tienen una estructura de mente abierta. Sin embargo, no se trata de un proceso intelectual, consciente o racional. Al fin y al cabo, la mente embarca a la integridad de la existencia, y manifiestamente no reside en el sistema encefálico. Estar abiertos al mundo en general encuentra sus raíces en la dimensión ctónica de la existencia.

Quisiera sugerir que las ideas se encarnan en quienes tienen una estructura de mente abierta, y encuentran serias dificultades para materializarse plenamente cuando sucede lo

contrario. Sin embargo, lo anterior no nos conduce al platonismo o acaso a la idea popperiana de los tres mundos, que es una variante de las ideas del filósofo griego.

El universo, el mundo y la naturaleza están tejidos relacionadamente. Esto no quiere decir que todo esté conectado con todo. Eso es holismo, y el holismo es mala ciencia. Si todo estuviera conectado con todo no habría cosas o fenómenos o experiencias relevantes. Creer que todo está conectado con todo es puro *wishful thinking*. Más bien, hay cosas que están más conectadas con otras y hay otras que están menos conectadas; esto es algo que ya la ciencia de redes complejas ha puesto de manifiesto.

Las ideas se encarnan y necesitan materializarse; así, literalmente, cobran vida, en toda la complejidad de la palabra. Para ello, los seres humanos se han inventado medios o instrumentos como la educación y la cultura, en toda la extensión de la palabra que, originariamente, no son otra cosa que procesos meméticos; esto es de contagio, materialización y vehiculización de ideas; digamos, de información, ideas, conocimiento, creencias.

No existe un reino de las ideas ni tampoco el simple mundo sensible de la experiencia. Existen tejidos y relaciones, y ambos son esencialmente fluctuantes, dinámicos, con equilibrios inestables y perturbaciones. Es como si dijera: nadie es inteligente; más bien, se debe ser inteligente en el momento oportuno; no antes ni después. La complejidad del asunto estriba en el hecho de que la vida es un presente viviente, un fujo de ahora y que no dominamos ni controlamos enteramente. Y así, debemos poder desplegar la creatividad en toda la línea de la palabra.

Las ideas encuentran en algunas gentes momentos y espacios propicios para hacerse posibles en el mundo. La meditación –y esto está estudiando ampliamente por las neurociencias– permite que aumenten o sean más frecuentes o permanentes las ondas alfa, theta y gamma, que permiten respectivamente la relajación y la creatividad, la memoria y la conciencia superior. Podría recordar que existen más de cincuenta técnicas de relación, pero no tengo aquí tiempo para ello.

Las ideas no son construidas, en ninguna acepción de la palabra; ni siquiera en cualquier sentido metafórico. Las ideas se siembran –acaso también, si se quiere, se tejen– y entonces, claro, cada quien cosecha aquello que ha sembrado. Este, sin embargo, no es

un proceso personal o deliberado. El entorno, el pasado, los contextos y también los avatares y el azar contribuyen activamente. Sembrar comporta abrir la tierra, poner las semillas, cubrir la tierra, cuidar y esperar; y siempre confiar, confiar mucho. No todo depende enteramente de cada uno. En ocasiones podemos generar condiciones propicias, pero ello no es en muchas oportunidades suficiente.

La verdad es que las ideas nos llegan, pero hay que saber cultivarlas. Heidegger, por ejemplo, hablaba de ponernos en camino al habla; y también, en otros momentos, invitaba a la escucha de la palabra, y entonces claro, invitaba a una actitud abierta de vida (*Offenheit*, la llamaba). Sin una apertura de mente las ideas están vacías; pero sin un cultivo de las mismas, la existencia carece de sentido.

Los sistemas abiertos son fundamentalmente indeterminados y por consiguiente sorprendidos. Como sabemos ya específicamente en el contexto de la teoría cuántica de la información, hay mayor información cuanto mayor es la sorpresa. Aquellos contenidos - textos, conversaciones, por ejemplo- que son (relativamente digamos) predecibles contienen una muy baja información. Dicho sin más ni más, a mayor sorpresa e impredecibilidad mayor información y conocimiento.

Pues bien, el estudio, por así decirlo, de los fenómenos, sistemas y comportamientos de complejidad creciente corresponde al mismo tiempo: a) con una exigencia; b) con una potenciación, para adoptar una estructura de mente abierta. Este es el título serio, académico, adusto, del tema. Pero igualmente podríamos decir: una actitud de corazón abierto o incluso una actitud de espíritu abierto. Lo que sucede es que la mente parece haberse superpuesto al corazón y al espíritu en la ciencia actual. Aquí sí cabe la observación: se trata de un asunto de palabras. Como quiera que sea, no hay que perder de vista que el lenguaje es performativo, ya, sencillamente, por el hecho de que un enunciado es expresado de manera abierta o pública.

Una actitud de mente abierta consiste en una forma de vida abierta. Los niños – cuando no han sido normalizados–, la tienen, de entrada. Son los jóvenes y los adultos quienes, por culpa de la cultura pierden esta actitud de abierto. Los ancianos, así parece indicarlo la literatura tanto como la experiencia, pueden al cabo de mucho tiempo volver a

recuperar en ocasiones, dicha actitud de mente abierta. Hay que haber vivido mucho para volver a recuperar la inocencia.

Bien dicho, no se trata simple y llanamente de una “actitud”; antes bien, es una forma de vida. Digámoslo más ampliamente, una forma, un estilo, un estándar de vida incluso, si se quiere. La idea de actitud podría dar a entender que se trata de un momento o un instante. El mundo acaece no al frente nuestro, sino alrededor nuestro, nos atraviesa, se encuentra en la base, por encima de nosotros, nos constituye, está a los lados tanto como a nuestra espalda. A fortiori, lo mismo cabe decir con respecto a la naturaleza.

Las ciencias de la complejidad son ciencias de la vida. Pero no hay un conocimiento de la vida desde afuera, y tampoco es un asunto de aquello que está ante la vista, al frente nuestro. Un estado de abierto nos permite en realidad entender que las cosas están permeadas de vida como permeadas justamente de conocimiento. Y podemos y debemos aprender del mundo entero, no solamente de nuestros hermanos humanos. En otras palabras, el aprendizaje demanda una actitud de mente abierta; por definición no se elige enteramente qué y cómo se va a aprender. Siempre aprendemos más de lo que queríamos o pensábamos, e incluso aprendemos cosas muy diferentes de las que originariamente se hubiera podido pensar. Cuando aprendemos, efectivamente.

Ya lo decía el Oscuro de Éfeso: sólo quien espera lo inesperado hallará. O lo que es equivalente, sólo quien espera lo inesperado lo reconocerá cuando llegue. En fin, el verdadero conocimiento no nos ilustra, ni tampoco nos permite entender y explica a las cosas; el verdadero conocimiento no aclara las opacidades, y tampoco hace a alguien inteligente, lo que quiera que sea eso. El conocimiento verdadero nos estremece y con ello, en realidad nos hace sabios. Pero si ello es así, el conocimiento verdadero es bastante más y muy diferente a todo aquello que se dice en las esferas de la educación y la cultura en sentido lato. Podemos aún-siempre cambiar la vida, y con ella, al mundo entero.

Bibliografía recomendada

- Maldonado, Carlos Eduardo. “The Big Picture about the Origin of Life: Tackling an Intractable Problem.” *Journal of Big History VIII(2)* (2025a): 100–105. <https://doi.org/10.22339/jbh.v8i2.8205>
- Maldonado, Carlos Eduardo. “A complexity approach to explaining the origins of life”, en: *Cogent Arts & Humanities 12(1)*. (2025b). [https://10-1080/23311983.2025.2517447](https://10.1080/23311983.2025.2517447).
- Maldonado, Carlos Eduardo. “Complejidad como indeterminación”, en: *Rev. Filosofía Univ. Costa Rica 167 (LXIII)*. (2024): 19-31. Disponible en: <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/filosofia/article/view/59257/61381>.
- Maldonado, Carlos Eduardo. *Las ciencias de la complejidad son ciencias de la vida*. Chile: Trepén, 2021.
- Maldonado, Carlos Eduardo. *Pensar. Lógicas no clásicas*. 2ª edición. Bogotá, D. C.: Universidad El Bosque, 2020.
- Maldonado, Carlos Eduardo. *Complejidad de las ciencias sociales. Y de otras ciencias y disciplinas*. Bogotá, D.C.: Desde Abajo, 2016.
- Maldonado, Carlos Eduardo. *Derivas de la complejidad. Fundamentos científicos y filosóficos*. Bogotá, D.C.: Universidad del Rosario, 2012.
- Maldonado, Carlos Eduardo. *Termodinámica y complejidad. Una introducción para las ciencias sociales y humanas*. Bogotá, D.C.: Desde abajo, 2011.